





DE ARQUITECTURA DEL PAISAJE

cuadernos



EL COLOR COMO ARGUMENTO

José Valdeón

PAISAJISTA

proyectos@josevaldeon.es



A pesar de lo obvio que pueda resultar, y dejando a un lado las cada vez más numerosas –aunque todavía insuficientes– intervenciones modélicas, podemos decir que en términos generales el componente vegetal en nuestro país, su valor y su calidad en cuanto a composición, está lejos de alcanzar un aceptable nivel de profesionalidad. Decimos obvio porque, hombre, si somos paisajistas, si trabajamos dentro del concepto de jardín, se supone que uno de los pilares básicos de nuestro trabajo son las plantas. Y no sólo las plantas en sentido abstracto, sino como fuente infinita de recursos que, al fin, están rigurosamente próximos a lo que en esta parte del mundo entendemos por un paisaje construido, por un jardín.

En España, trabajar en la Cornisa Cantábrica –incluiremos aquí la costa oeste de Galicia– implica, en términos paisajísticos, toda una serie de condicionantes históricos, climáticos, estacionales y –muy importante– lumínicos. No podemos pedirles, y ellos tampoco lo van a hacer, a Martha Schwartz, Fernando Caruncho o Mirei Shigemori que utilicen un léxico vegetal similar cuando ac-

túan en México, Mallorca o Toronto. Del mismo modo, los profesionales del paisaje no podemos ni debemos minimizar el peso del entorno, de la naturaleza territorial donde actuamos. Y en eso, las composiciones vegetales tienen mucho que decir.

A la luz del Cantábrico

El manto vegetal de los muchos y muy variados nichos paisajísticos de nuestro país es ricamente elocuente, además de un indicador infalible para aquellos ojos que quieran saber por dónde pueden ir los tiros. En el entorno atlántico español, aquí donde el mar Cantábrico baña las costas de la península, la miríada de verdes circundantes, las mortecinas tardes de llovizna o los cielos que ven pasar cúmulos violáceos, tienen por fuerza que suscitar en nosotros respuestas distintas a las de nuestros colegas de Extremadura o la Costa Brava. Cuando contemplamos uno de esos maravillosos jardines de indianos sentimos también la impronta de aquellos “jardinistas” de finales del siglo XIX y principios del XX, que trabajaron con un lenguaje vegetal muy diferente al de Forestier o Tudurí.







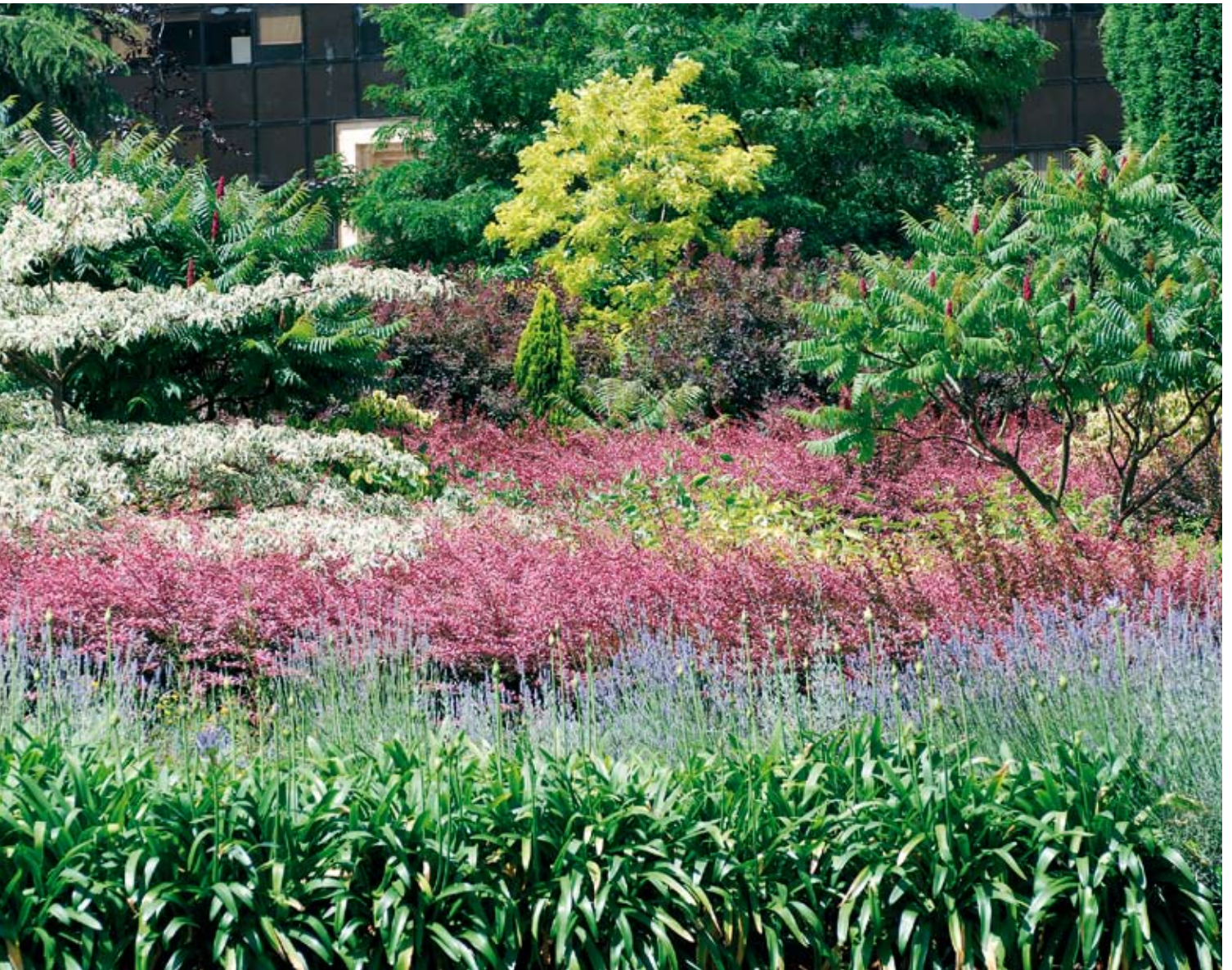
Hoy, excitados por las nuevas tendencias en paisajismo, no deberíamos ser insensibles a la diferenciación que nos ofrecen las regiones climáticas en las que trabajamos. Eso no implica dar la espalda a los más novedosos recursos vegetales que nuestro tiempo nos oferta, sino más bien engazarlos en un modo de expresión que no pierda su esencia, su carácter primordial. Dentro del más reciente Paisajismo Atlántico caben, cómo no y a modo de ejemplo por todos conocido, las gramíneas ornamentales. A la luz del Cantábrico muchas especies y variedades de este vasto grupo botánico pueden jugar, y de hecho lo hacen ya, un papel muy interesante. La clave es sa-

ber acompañarlas a nuestras propias composiciones norteñas, integrarlas junto a otras plantas que nos brinden la oportunidad de ofrecer nuestro propio sabor, nuestra propia identidad vegetal. Se puede ser contemporáneo, se puede ser creativo, sin generar por ello calcos de lo que se hace en otras regiones.

Color en el norte

Desde un punto de vista ya más particular, aquel derivado de nuestro saber y entender en paisajismo, hemos realizado, en términos de composición vegetal, una apuesta por la riqueza y la expresividad que, sin sustraernos un ápice de nuestro carácter norteño, asuma el





desafío de la innovación que nos demanda el ejercicio de nuestra profesión en nuestros días.

Decimos color pero en realidad queremos decir variación tonal. Una parte la ponemos nosotros, pero otra -e insistimos en ello porque nos parece fundamental, prioritario- la pone la Naturaleza con esa enorme variación de luz que el norte tiene y que hace que una escena vegetal se perciba de una manera bien diferente según sus imprevisibles cambios. A través de composiciones tonales equilibradas, proporcionales, pero también atrevidas y vibrantes, podemos ser jardineros de nuestro tiempo sin resultar cansinos o aburridos.

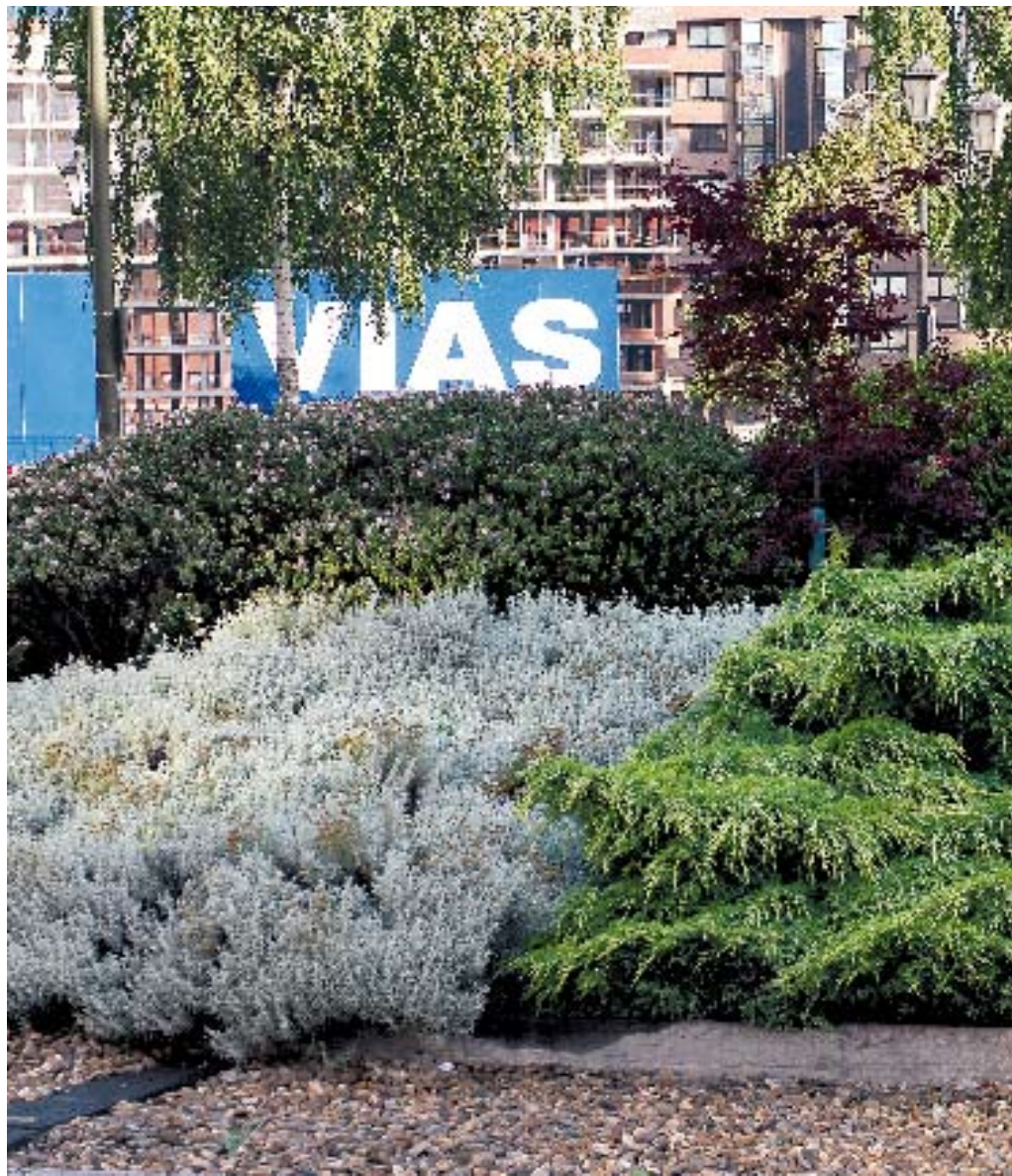
Nos parece más apropiado, en términos cromáticos de vegetación, la contención en la presencia de flores, justo lo contrario de lo que podría suceder en un paisaje mediterráneo, donde la luminosidad solar es tan fuerte, que las flores necesitan estar muy presentes y vestirse de vivos colores. Ese juego de floraciones muy medidas nos permite además un interesante diálogo de éstas con las variadas tonalidades foliares que están a nuestra disposición. Y en combinación con todo esto, el paisajismo contemporáneo nos pone en la mano materiales inertes con los que establecer nuevas relaciones, nuevos diálogos.

Por supuesto que no olvidamos, más bien al contrario, todo lo que desde siempre nos regalan los árboles, arbustos, vivaces o hierbas contenidos en el extenso bagaje de la jardinería atlántica. Al añadir matices, juegos de relación, contrastes o consonancias con los tamaños, portes, texturas, naturaleza de las hojas, etcétera, las posibilidades de expresión se multiplican exponencialmente. Y tanto es así que cada jardín, cada intervención, se pueden convertir en algo diferente.

El color como argumento

No renunciamos a ser atlánticos, ni tampoco a expresarnos como paisajistas de nuestro tiempo, por eso, a través de los variados tonos de verdes, de las numerosas formas de follajes variegados, granates, grises o dorados, y en convivencia con algunas floraciones complementarias, utilizamos todo ese color como argumento fundamental en nuestras composiciones vegetales. Es un lenguaje en el que caben infinitas modalidades y no se hace incompatible con ningún tipo de intervención, ya estemos actuando en una plaza, una rotonda, un parque, un entorno industrial o una vivienda.

Nuestro planteamiento, con los ingredientes compositivos a que hemos hecho referencia, pretende conjugarse con el entorno natural ante el que nos encontramos, con la arquitectura u obra civil a la que estamos ligados o con el deambular de los cambios que provocan las estaciones y los días. Color como argumento que propicia, creemos riqueza, variabilidad, personalidad, innovación y trama de conjunto. Todo ello sin perder la referencia de





un trabajo que, como todos, está sujeto a unas normas y unos condicionantes de partida.

Si algo caracteriza al jardín atlántico es su dinamismo, el ofrecer matices muy distintos a lo largo del año e incluso en el transcurso de un corto tracto temporal. El color o, mejor dicho, las variaciones y conjugaciones de tonalidad que podemos crear con las plantas no hacen sino seguir esa pauta, consiguiendo con ello unas enormes posibilidades estéticas que no paran de interrelacionar, y que por ello generan así un expresivo dinamismo que la luz atlántica se encarga de hacer llegar a nuestros ojos como sólo ella sabe hacerlo.



Las imágenes de este artículo pertenecen a obras privadas y públicas del autor.